

Como en Sí mismo al fin la eternidad lo cambia,  
crea el Poeta con espada desnuda  
todo un siglo aterrado por ignorar  
que la muerte triunfaba en su voz extraña.

Ellos, viles hidras antaño convulsas al oír al ángel  
dar un sentido más puro a las palabras de la tribu,  
proclamaron a gritos el sortilegio bebido  
en el flujo sin honra de algún negro brebaje.

Agravian hostiles cielo y tierra,  
y nuestra idea no esculpirá nunca un bajorrelieve  
con que adornar luminosa la tumba de Poe,

quieta roca caída desde un desastre oscuro,  
pero al menos su granito mostrará por siempre el límite  
al vuelo turbio de la ambigua Blasfemia del porvenir.

¡Te traigo el fruto de una noche en Idumea!  
Negra, sangrantes sus alas pálidas, desplumada  
por el vidrio al rojo de aromas y dorados,  
por las heladas baldosas, ¡ay!, aún sombrías,  
la aurora se echó sobre la lámpara angélica.  
¡Palmas! y al mostrar ella su reliquia  
a este padre que esboza un reír enemigo  
la soledad azul y estéril vibró.  
Oh acunadora, acoge con tu hija y la inocencia  
de tus pies fríos este parto horrible:  
voz que atrae como viola y clavecín,  
¡apretarás con tus dedos secos el seno  
por donde mana la mujer en blancor sibilino  
hacia los labios que hambread ese aire azul virgen?

# Stéphane Mallarmé

S U S P I R O

© Adolfo García Ortega  
*La palabra ajena (Antología privada de poetas extranjeros)*  
Descargado de [www.adolfoortega.com](http://www.adolfoortega.com)

Hermana, mi alma hacia tu frente donde sueña  
un otoño alfombrado de pecas,  
y hacia el cielo errante de tu mirar angélico  
se eleva, igual que en un nostálgico jardín  
un blanco surtidor suspira al Infinito, siempre fiel.  
Al Infinito blando de un octubre claro y puro  
que mira en los estanques su languidez inmensa  
y deja por el agua mortecina, feroz agonía  
de hojas al viento cavando un surco frío,  
arrastrarse un sol de tenues rayos amarillos.

Se entristecía la luna. En sueños, serafines que lloran  
(sus dedos en el arco, entre la calma de flores  
vaporosas) de violas mortecinas arrancaban  
sollozos deslizantes por pétalos azules.  
Era el bendito día de tu primer beso.  
El recuerdo, queriendo mi martirio,  
se embriagaba sabiamente del triste perfume  
que deja, sin lamento alguno,  
el poso de un Sueño en el corazón que lo ha acogido.  
Yo vagaba con los ojos fijos en la vieja acera,  
y entonces, soleados tus cabellos, en la calle  
que atardece te me apareciste hecha risas,  
y creí ver al hada de corona luminosa  
que antaño, en mis sueños de niño feliz,  
pasaba dejando de sus manos entreabiertas  
nevar racimos blancos de estrellas perfumadas.